



Sorgentini, Hernán

Otra mirada sobre el jacobinismo: E. P. Thomson, el análisis del acontecimiento y la disrupción del tiempo histórico

Trabajos y Comunicaciones (2a Época)

2000-2001, no. 26-27, p. 59-91

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](#), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Sorgentini, H. A. (2000-2001) Otra mirada sobre el jacobinismo: E. P. Thomson, el análisis del acontecimiento y la disrupción del tiempo histórico. [En línea] Trabajos y Comunicaciones, (26-27). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9/pr.9.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

Para ver la licencia completa en código legal, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

OTRA MIRADA SOBRE EL JACOBINISMO: E. P. THOMPSON, EL ANÁLISIS DEL ACONTECIMIENTO Y LA DISRUPCIÓN DEL TIEMPO HISTÓRICO¹

Hernán Sorgentini

Universidad Nacional de La Plata

*No existe pues, para un francés de esta segunda mitad del siglo XX, una mirada extranjera a la Revolución francesa.
F. Furet²*

Este trabajo tiene su origen en una investigación sobre la obra historiográfica de E. P. Thompson en la que intentamos rescatar la importancia teórica de su propuesta en relación con el problema de la subjetividad en la historia, así como su peculiar “mirada de historiador” como fondo desde el que se concibe esta propuesta.

En esta oportunidad nos detendremos en la interpretación de Thompson sobre el “jacobinismo”, el tema central de las encendidas polémicas que acarrió ese acontecimiento fundante que fue la Revolución Francesa, prestando atención a la “mirada inglesa” de nuestro autor, así como al particular encuadre de su perspectiva en la “tradición marxista”, como elementos que permiten poner en cuestión algunas de las conclusiones que la corriente revisionista sobre la Revolución Francesa ha construido acerca del marxismo.

La Revolución Francesa como acontecimiento fundante de la modernidad ha acarreado un debate que se ha desarrollado en los dos siglos de historia que nos separan de ella, al punto tal que la historia de este acontecimiento es en parte la historia de las distintas visiones del pasado que se han ido construyendo acerca de él. El debate historiográfico reconoce una línea principal de desarrollo que va desde los planteos de filiación liberal decimonónicos, hasta los jacobinos y socialistas, línea en la que se encuadran las interpretaciones marxistas desarrolladas en el presente siglo³. Esta línea

¹ Este trabajo retoma, con correcciones, los desarrollos de una ponencia del mismo nombre presentada en la VIIª Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 22-24 de Septiembre de 1999.

² Furet, F., *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Ediciones Petrel, 1980.

³ En esta línea están comprendidos entre otros los trabajos de Guizot, Thierry, los de los socialistas Jaurés y Mathiez, y los de marxistas como G. Lefebvre y A. Soboul. Al respecto cfr. Hobsbawm, E.,

de interpretación ha sido cuestionada radicalmente por interpretaciones revisionistas de la revolución desarrolladas desde hace cuatro décadas a esta parte⁴.

En este trabajo discutiremos dos de los postulados centrales de la crítica revisionista de Furet desde la peculiar visión del “jacobinismo” y la Revolución Francesa en los escritos de E. P. Thompson: básicamente *La formación de la clase obrera en Inglaterra*,⁵ de 1963, y el artículo-polémica “Peculiarities of the English” (1965)⁶. Los puntos que discutiremos de las posiciones revisionistas son la atribución de una “falencia esencial” a toda interpretación marxista en tanto continuadora de las concepciones homogéneas del tiempo histórico características de las versiones jacobino-socialistas y la específica consecuencia historiográfica que el revisionismo encuentra tras esta “falencia esencial”, la fallida conjunción entre el análisis del acontecimiento (político) y las ampliadas perspectivas de la historia social (y marxista), fallida conjunción que a juicio del revisionismo es tributaria del apego de estas concepciones a las representaciones que la revolución construye acerca de sí misma, y por lo tanto, testimonio de una «falsa conciencia» antes que de una admisible interpretación historiográfica⁷. En este sentido, intentaremos defender la idea de que las acusaciones del revisionismo al marxismo, en

Los ecos de la marselesa, Barcelona, Editorial Crítica, 1992.

⁴ El primer planteo revisionista es el de Cobban en “El mito de la revolución francesa” (1955) que ataca la “interpretación social” de la revolución. A este planteo sigue el de Furet y Richet (1965) que postula la tesis del *dérápaje* por el que la revolución liberal acarrea un resultado no deseado en el Terror “jacobino”, suerte de autonomización de lo político-ideológico que suspende el destino liberal de la revolución que se valora positivamente. Esta tesis provocativa termina constituyéndose en un intento de interpretación alternativo en el libro de Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, de 1978, en el que este autor propone, retomando a Tocqueville y a Auguste Cochin un esquema interpretativo de lo que la revolución tiene de continuidad como de lo que tiene de cambio, en un intento de interpretar el “jacobinismo” desde una postura que se aleja del planteo de su “necesidad histórica”, denunciando el efecto mistificador de las recuperaciones contemporáneas del fenómeno.

⁵ THOMPSON, E. P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.

⁶ THOMPSON, E. P. “Las peculiaridades de los ingleses” en *Historia Social*, no. 18 Valencia, inv. 1994, pp. 9-60.

⁷ Es necesario puntualizar que los planteos revisionistas constituyen centralmente un ataque al marxismo, fundamentalmente a la idea (anterior) que éste toma del “siglo XVIII francés como una lucha de clases entre la burguesía capitalista naciente y la clase dirigente establecida de aristócratas feudales, que la nueva burguesía, consciente de su condición de clase, aprovechó para reemplazar la fuerza dominante de la sociedad”, Cfr. Hobsbawm, *ob.cit.*, p. 24. La divisoria puede trazarse entonces entre una interpretación de la “revolución burguesa” en sentido “epocal” y dependiente de una “teoría de la historia” o en sentido “empírico-inmediatista” que realiza una serie de objeciones al concepto a partir del desarrollo de la historiografía. Cfr. Sazbón, J. “La Revolución Francesa y los avatares de la modernidad” en *Boletín de historia Social Europea*, nº 2, La Plata, 1990, p. 51.

Una revisión más reciente sobre el debate apunta que la diferencia fundamental entre los historiadores *marxistizantes* y los revisionistas “concerns questions of class and revolution, the role of *necessary*, possibly violent, class struggle in the process of historical change” y discute las posibilidades de la constitución de un consenso post-revisionista apelando incluso a la figura del Thompson antialthusseriano de *Miseria de la teoría* (1978). Cfr. Lewis, Gwynne, *The French Revolution. Rethinking the debate*, Routledge, London and New York, 1993, pp. 107 y ss., cita en p. 107.

tanto “juicio sobre el pasado construido desde el presente”, reproducen las falencias que encuentran en sus adversarios, al no plantearse como problemática la cuestión de los términos en que se establece la relación ineludible entre el presente y el pasado, y con ello, la de las formas específicas en que debe incorporarse la valoración de los sujetos estudiados y el punto de vista del historiador en el proceso de la reconstrucción histórica⁸.

El revisionismo histórico: la embestida contra la determinación social y la homogeneización del tiempo histórico.

¿Con quiénes discute Furet? Su planteo ataca fundamentalmente aquellas interpretaciones históricas que él considera incapaces de reconocer la “autonomía de lo político” para comprender la historia de la Revolución Francesa y sus “misterios”.

Los argumentos de Furet recurren por momentos a un rescate de Marx frente al marxismo para intentar refutar la “determinación social de lo político”. En esta línea, en un estudio dedicado a las interpretaciones de Marx sobre la Revolución Francesa, encuentra en los escritos de juventud del fundador del materialismo histórico ciertas ideas alentadoras que se ciñen sobre todo a sus referencias al “carácter ilusorio” del fenómeno revolucionario, en las que Furet percibe un adecuado planteo del “misterio” de la revolución, que esgrimirá como argumento contra la propia teoría de la historia de Marx, así como de las continuadoras interpretaciones marxistas (deterministas, mecánicas, simplistas, etc.) que, es importante que quede claro, tienen origen en el propio padre fundador⁹.

Según Furet, Marx concibe en estos planteos de juventud la “ilusión de la política”, aunque se orienta desacertadamente a una crítica (feuerbachiana) de la concepción hegeliana del Estado como condensación de la historia de la libertad del hombre. Para Hegel, frente a la sociedad civil como lugar de los conflictos individuales, “el Estado es el lugar de la conciliación [...] la figura principal de la historia y de la realización de la Idea”¹⁰. Furet destaca que en la interpretación de Hegel “lo político se coloca sobre lo social,

⁸ En este sentido, es importante señalar que si la cuestión pasara sólo por “desenmascarar” las intenciones ideológicas de los polemistas, las imputaciones furetianas al marxismo reduccionista tienen su contraparte en interpretaciones que atribuyen a Furet el mismo tipo de inclinaciones eminentemente ideológicas en sus escritos, como es el caso de los planteos hechos por François Dosse. Dosse, F., *La historia en migajas*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988, pp. 248-261.

⁹ Cfr. Furet, F. *Marx y la Revolución francesa*, México, F.C.E., 1992, [edición francesa de 1986], p. 43, donde, como en otras partes del texto, Furet, tras el análisis de algunos pasajes de *La Ideología Alemana*, señala como una conclusión tangencial que “la utilización marxista del marxismo como teoría de la historia se inicia con Marx”.

¹⁰ *Ibidem.*, p. 20.

puesto que lo dota de sentido”¹¹, y rescata en la concepción marxiana de juventud “la interpretación [...] según la cuál [la Revolución Francesa] representa el apogeo del espíritu político, es decir, de la ilusión característica de lo político: la revolución cree poder transformar la situación de la sociedad civil, de la que sólo es la expresión mistificadora”¹². Considera elogiable que Marx vea en la Revolución francesa “la invención de la política moderna”¹³; pero, por el contrario le parece repudiable su intento mismo de constituirse en el Feuerbach de la política, es decir, el recurrente tono referencial y crítico con respecto a la interpretación hegeliana y la consecuencia que de él se deriva: el vuelco a buscar “en la economía el verdadero contenido de la historia moderna, [...] porque en ella se puede investigar la verdad de la ilusión”¹⁴. Este intento es ya, para Furet, el germen de una tendencia que se acentuará en el Marx materialista y que dejará sin resolver el “misterio” de la Revolución, que tan agudamente había planteado en sus intuiciones iniciales:

“[...] Prisionero de la subordinación de lo político a la sociedad civil, incapaz de pensar en la autonomía bajo una forma que no sea la de la ilusión, el joven Marx lega al futuro Marx un interrogante que no resolvió claramente, pero que planteó en toda su extensión, ya que lo ha convertido en el misterio central de la Revolución francesa”¹⁵.

Cuando Furet se proyecta a los escritos de Marx desarrollados a partir de *La Ideología Alemana*, encontrará que el “misterio” de la revolución se ocluye a medida que se acentúa la idea de una determinación social (y clasista) en la explicación revolucionaria, a la vez que se mantiene una concepción homogénea del fenómeno que impide dar cuenta de la diversidad de formas políticas modernas que éste prefigura y que en Marx parecen corresponderse siempre con una dominación de la burguesía¹⁶. “El filósofo da paso al militante”: Marx, el primer marxista, plantea a la vez la idea de una “burguesía francesa, por oposición a la alemana, [con] una verdadera inteligencia de su acción y de las condiciones de su papel histórico”, y una Revolución que, “definida por el interés clasista burgués, fue realizada por todo el pueblo, con el campesinado a la

¹¹ *Ibidem.*, p. 22.

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*, p. 35.

¹⁵ *Ibidem.* p. 37.

¹⁶ *Cfr. Ibidem.*, p. 53 entre otras referencias a este problema.

cabeza”¹⁷, resulta homologable por la tarea histórica que realiza y por la disposición estratégica de los actores colectivos, a la revolución inglesa de 1648¹⁸. Estas, entre otras, son para Furet ideas contradictorias a las que se apela equívocamente en el contexto de una interpretación en la que Marx tenderá cada vez más a invocar “la ineficiencia del actor burgués para sustituirlo por el actor popular” y a atribuir al Terror “la necesidad de realizar la revolución burguesa, traicionada por una burguesía que se volvió «medrosa», y de extirpar las últimas «supervivencias feudales» del suelo francés”¹⁹. En conjunto, la interpretación de Marx resulta tributaria de un apego fuerte a la idea de necesidad histórica, que presupone la necesidad del acontecimiento político a partir de una realidad social que no analiza (en los textos de 1845 a 1850 detecta una “inexistencia casi total de referencias empíricas a la economía y la sociedad francesas antes de 1789”²⁰) a la vez que oblitera la posibilidad de su comprensión en los términos de una historia política marxista. Paradójicamente, el distanciamiento de las concepciones especulativas conlleva un alejamiento de la atención a las particularidades históricas y Marx sucumbe en la simplificación del pasado como “precio pagado por la pretensión de conocer el futuro”²¹.

La crítica de Furet a Marx encuentra ya en él una interpretación teleológica de la historia y una tendencia a explicar el pasado en términos del presente o de las expectativas de futuro, características ambas cuya transformación en una “interpretación ideológica de la historia” no resultaría demasiado difícil de concebir en espíritus menos refinados que el suyo²².

Ya sumergido en el debate del siglo XX, Furet identifica a la visión marxista como “aquella [que] es el producto del confuso encuentro entre bolchevismo y jacobinismo, que se nutre en una concepción lineal del progreso humano”²³. Si la argumentación recurre por momentos, como señalamos, a un rescate de Marx frente al marxismo, lo hace para atribuir sistemáticamente a éste último una concepción homogénea del tiempo histórico que se comprueba sin mayores dificultades estableciendo su filiación con las concepciones socialistas evolutivas de fines del siglo XIX. Esto es evidente en la

¹⁷ *Ibidem.*, p. 50.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 51.

¹⁹ *Ibidem.*, p. 61.

²⁰ *Ibidem.*, p. 58.

²¹ *Ibidem.*, p. 65.

²² En este sentido, conviene apreciar también el hecho que este estudio de Furet sobre Marx es posterior a sus embates contra las interpretaciones marxistas de la revolución y pretende consolidar teóricamente una crítica básicamente sustentada en la apelación a lo “empírico”.

²³ Furet, F., *Pensar...*, *ob.cit.*, p. 25.

consideración que realiza sobre la combinación de cambios y rupturas propuesta por Lefebvre, el más rescatable de sus enemigos:

“No intenta comprender bajo qué condiciones es posible hacer coincidir la idea de un cambio radical y la de una continuidad objetiva. Yuxtapone simplemente, sin procurar conciliar, un *análisis* del problema campesino a fines del siglo XVIII y una *tradicón* contradictoria con este análisis que consiste en ver a la Revolución, a través de la perspectiva de sus propios actores, como una ruptura, como un advenimiento, una especie de tiempo de otra naturaleza, homogéneo como una tela nueva”²⁴

Los marxistas, para Furet, cuando intentan conceptualizar la ruptura dentro de un tiempo homogéneo y lineal, tienden a reproducir las representaciones de los sujetos involucrados en la revolución, la «*falsa conciencia*» de quienes creen estar haciendo la historia en cierto sentido. Con ello Furet llega a la identificación de la postura marxista con una interpretación puramente ideológica, un producto de la «conciencia social»:

“ [...] este marxismo se limita a yuxtaponer un análisis de causas, realizado a partir de lo económico y social, al relato de los acontecimientos escrito a partir de lo político e ideológico. Pero esta incoherencia posee al menos la ventaja de subrayar uno de los problemas esenciales de la historiografía revolucionaria, el del empalme de los niveles de interpretación con la cronología del acontecimiento. Si se pretende conservar a todo precio la idea de una ruptura objetiva del tiempo histórico y hacer de esta ruptura el alfa y el omega de la historia de la Revolución, se cae en efecto [...] en absurdidades”²⁵.

En la recusación furetiana, el problema de la “homogeneidad de tiempo” parece plantearse en dos sentidos, similares y a la vez diversos. Por un lado se trata del problema de cómo se conjugan en una misma trama la determinación estructural y la dinámica del acontecimiento. Por otro, se alude a la homogeneidad del tiempo creado por la revolución, al carácter de la revolución como punto cero de un tiempo de naturaleza distinta, aspecto casi mítico reverenciado por las interpretaciones apologéticas contemporáneas.

²⁴ *Ibidem.*, p. 20.

²⁵ *Ibidem.*, p. 25.

Su postura no desestima el carácter de “ruptura extraordinariamente brutal” de la revolución; ésta es concebida en el plano de la legitimidad política, siendo su rasgo distintivo “el nacimiento de la democracia de la cultura y de la ideología democrática en Francia”²⁶. En esta línea, la aplicación del concepto de «revolución burguesa» en tanto éste significa un paso del feudalismo al capitalismo no resulta pertinente, sobre todo si se intenta colocar en un lugar central al fenómeno jacobino²⁷. Para Furet, lo que caracteriza al fenómeno revolucionario es su brutalidad, una cualidad que en su argumentación apunta a recurrir a la figura del «misterio» de la revolución como clave del problema:

“Lo que caracteriza precisamente el fenómeno revolucionario es su brutalidad, el que todos los que participaron en este acontecimiento lo han percibido como un vértigo, y es precisamente esto lo que propone al historiador un verdadero misterio, fundamental para la inteligencia de la Europa contemporánea. No se resuelve el misterio reduciéndolo simplemente a cambios socioeconómicos, es decir, ignorándolo”²⁸.

La revolución intenta una “reinstitutionalización de lo social a través de la idea de soberanía popular”²⁹, en la que el «pueblo» sustituye al rey, invirtiendo y a la vez reproduciendo una concepción no delegativa del poder que es la del absolutismo. “El pueblo no delega el poder, es el poder” y “el pueblo en el sitio del rey es la democracia, una experiencia imposible: no por casualidad termina con Bonaparte, es decir, con un rey de la revolución”³⁰. La experiencia jacobina resulta incomprensible si no se advierte su relación con las formas que hereda y a las que *necesariamente* conduce tanto en el desarrollo de la dinámica acontecimental como en la prefiguración de nuevas formas políticas «modernas». En efecto, Furet retoma la idea de Cochin de que “toda democracia pura [...] produce una manipulación”, comprobación a partir de la cual es posible ver en el jacobinismo “la fuerza anticipatoria de todas las dictaduras del aparato bajo la legitimidad de la democracia pura”³¹.

Como vemos ni el problema de la necesidad histórica a partir de la determinación del acontecimiento, ni las implicancias de un presente en que los dilemas del

²⁶ Furet, F., “*Qui es François Furet*”, Entrevista de Massimo Boffa, en *Debats*, nº 4, 1982, pp. 111-115, cita en p. 112.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*., p. 113.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*., p. 114.

“totalitarismo” se imponen a este ex militante del Partido Comunista Francés, están del todo ausentes en las construcciones interpretativas que el revisionismo opone a la visión clásica.

Las respuestas que han recibido las impugnaciones revisionistas tienden a subrayar que el problema teórico de la “revolución burguesa” no desaparece con la constatación empírica de que en 1789 no había dos clases claramente antagónicas luchando por la supremacía³². La crítica empírico-acontecimental no impide, en este sentido, mantener el interrogante que se halla en el origen de las preocupaciones marxistas. Así, Eric Hobsbawm se planteará, cuando en el debate hayan ya alcanzado cierto consenso las imprecaciones de los revisionistas, que “tenemos que descubrir por qué la Revolución francesa fue una revolución burguesa aunque nadie pretendiera que lo fuese”³³.

Por otra parte ha sido cuestionada la solidez de la crítica al marxismo en nombre de Marx en alusión a la idea de «*falsa conciencia*»³⁴. Nos interesa detenernos aquí en la atribución genérica de una linealidad del tiempo histórico a toda la interpretación social de la revolución, mostrando la existencia de una visión alternativa en la obra de E. P. Thompson que, compartiendo ciertos reparos contra la interpretación dominante, construye un cuadro interpretativo que logra saltar muchos de los deslices teóricos de la interpretación revisionista.

E. P. Thompson: la experiencia jacobina en el proceso de formación de la clase obrera inglesa.

Como ya hemos señalado en un trabajo anterior, el análisis de la estructura de *La formación...* en su conjunto, sobre todo en lo atinente a la particular combinación de las “determinaciones subjetivas y objetivas”, es fundamental para la comprensión de la

³² Hobsbawm, E., *ob.cit.*, p. 26.

³³ *Ibidem*.

³⁴ No analizaremos en detalle esta cuestión. Al respecto Cfr. Sazbón, J., quien discute, mediante una remisión a la obra de Marx, la idea de si la comprobación de que cierta historiografía comparte la ilusión de la época estudiada supone la descalificación de la ilusión revolucionaria, y, consiguientemente, si esta ilusión revolucionaria por el hecho de ser una “ilusión”, carece de eficacia política. “*La revolución...*”, *ob.cit.*, pp. 56-58. y “*El Marx de Furet*” en *Boletín de Historia Social Europea*, nº 3, La Plata, 1991, donde se plantea el problema de hasta que punto la remisión de Furet al joven Marx en su rescate de la interpretación de una ilusión ideológica en el discurso revolucionario agota el sentido de los desarrollos de Marx y, consiguientemente hasta que punto es válida la crítica revisionista a la ortodoxia marxista francesa como reproducción de las “ilusiones de época” construidas por la Revolución.

propuesta teórica e historiográfica de Thompson³⁵. En *La formación...* Thompson parte de las “determinaciones subjetivas”, otorgando una dimensión relevante a la actividad creadora de los sujetos como hacedores de la historia, para, en un segundo momento, y a partir de aquellas “determinaciones subjetivas”, analizar la determinación estructural en el proceso de la formación de la clase obrera inglesa. El relato de este proceso de formación cobra entonces un sentido contrario a toda determinación “económica” pero también, es importante subrayarlo para nuestro trabajo, a toda determinación unívoca del impacto de la revolución francesa en el proceso inglés, ya que éste exhibe coordenadas propias que son aprehensibles en su dimensión característica a partir de una ruptura con la narración lineal de los hechos. En este sentido, es posible sostener que la práctica historiográfica de Thompson realiza una operación de ruptura con respecto a toda concepción “homogénea” del tiempo histórico que permite valorar tanto la articulación entre el impacto del acontecimiento y las tendencias de larga duración como el juego de permanencias y rupturas que es posible encontrar en cualquier situación histórica. Veremos a continuación que esta manera de plantear el problema de la relación entre acontecimiento y “determinación”, y la forma que toma el relato histórico, pueden aplicarse también a la estructura de su Primera Parte en la que Thompson analiza el “jacobinismo” inglés y su papel central en el proceso de formación de la clase obrera inglesa.

Thompson establece el punto de inicio de la reconstrucción del proceso de formación de la clase obrera en la «experiencia» de la Sociedad de Correspondencia de Londres, fundada en 1792. Esto se justifica para nuestro autor en las implicancias del lema político con que la SCL se define a sí misma: “que el número de nuestros miembros sea ilimitado”, en el que encuentra una ruptura con la noción de exclusividad dominante hasta ese entonces en el ámbito político y con el radicalismo del siglo XVIII al estilo de Wilkes en el que “la multitud no se organizaba a sí misma”.

Por otra parte, la existencia de esta ruptura se sostiene empíricamente en la constatación de la definición “subjetiva” que hacen sobre ella aquellos que la protagonizan:

“En el primer mes de su existencia, durante cinco noches consecutivas, la sociedad debatió la pregunta -¿Tenemos derecho nosotros, hombres

³⁵ Cfr. Sorgentini, H. “*El tratamiento de la «experiencia» en La formación de la clase obrera en Inglaterra de E. P. Thompson*”, ponencia presentada en las VI^o Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, Santa Rosa, Septiembre de 1997.

de oficio, tenderos y trabajadores manuales a conseguir una reforma parlamentaria?- considerándola «desde todos los puntos de vista desde los que podamos ser capaces de presentar el tema a nuestras mentes». Decidieron que tenían derecho”³⁶.

La ruptura definitiva del origen del proceso de formación de la clase obrera es una ruptura en la subjetividad, y la conceptualización de Thompson de esta ruptura será la base de la reconstrucción de las tradiciones populares del siglo XVIII: la tradición de disidencia en materia religiosa, la tradición de la multitud en el siglo XVIII y la tradición popular ligada a la idea del “inglés libre por nacimiento”, vistas a través del prisma de la década revolucionaria de *Los derechos del hombre* de Paine y la acción revolucionaria de los jacobinos ingleses. Thompson encuentra en estas tradiciones el substrato histórico que le permite ver, en la experiencia jacobina de la década revolucionaria de 1790, la existencia de nuevos contextos, lenguajes y argumentos para viejos debates ingleses. Esto lo lleva a superar toda visión determinista del jacobinismo inglés, sobre todo en el sentido de que éste no puede verse como determinado unívocamente por la Revolución Francesa. En efecto, el jacobinismo inglés retoma, a través de una suerte de cambio en la continuidad, aquellas viejas tradiciones populares. Y la Revolución Francesa es vista como un acontecimiento que precipita aquellas tradiciones populares de vieja data, rompiendo con la compuerta de los argumentos en términos constitucionalistas que daban forma al conflicto hasta ese entonces³⁷.

“El viejo debate continúa. Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos, y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado. Demasiado a menudo, puesto que todo relato debe empezar en algún sitio, vemos sólo las cosas nuevas. Empezamos en 1789, y el jacobinismo inglés aparece como un derivado de la revolución

³⁶ *La formación...*, p. 4. Giddens ha señalado que “la importancia y originalidad de su planteamiento radica en su análisis de las creencias de los miembros de la Sociedad, que finalmente sirvieron para reorientar el Radicalismo preexistente hacia nuevas empresas. Es exactamente en este contexto donde Thompson intenta sustanciar su afirmación de que la clase se formó a sí misma tanto como fue formada. [...] Con esta decisión la sociedad se alejaba de las viejas fundaciones del Radicalismo en las que lo “político” se identificaba con los derechos de propiedad”. *Fuera del mecanicismo: E. P. Thompson sobre conciencia e historia* en *Historia Social*, nº 18, Inv. 1994., p. 155.

³⁷ Las formas de conflictividad en el siglo XVIII constituirán el problema fundamental de la posterior obra historiográfica de Thompson. Cfr. *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

francesa. O, empezamos en 1819 y con Peterloo, y el radicalismo inglés parece que sea una creación espontánea de la Revolución industrial. Es cierto que la Revolución francesa produjo una agitación nueva, y es cierto que esta agitación arraigó entre la población obrera, configurada por nuevas experiencias, en los distritos manufactureros crecientes. Pero sigue planteada la pregunta: ¿Cuáles fueron los elementos que se precipitaron con tanta rapidez a causa de esos acontecimientos? Y de inmediato encontramos las viejas tradiciones de los artesanos y hombres de oficio urbanos tan parecidos al *menu peuple* que, según ha demostrado George Rudé, es el elemento revolucionario más volátil de la multitud parisiense. Algo podemos atisbar de las complejidades de estas tradiciones, que se mantienen, si aislamos tres problemas, a saber: la tradición de disidencia y su modificación debida al resurgimiento metodista; la tradición compuesta de todas esas nociones populares imprecisas que se combinan en la idea del «derecho por nacimiento» de los ingleses; y la ambigua tradición de la multitud del siglo XVIII, que asustaba a Wyvill y que Hardy intentaba organizar en comités, secciones y manifestaciones respetables”.³⁸

En este largo párrafo puede verse como Thompson concibe los cambios a través de las continuidades en la consideración, tanto del peso de las tradiciones que se proyectan hasta el presente, como de la importancia del análisis del acontecimiento³⁹. La relación que se define entre unas y otro permite construir un relato que supera una concepción lineal del tiempo: el acontecimiento de ruptura no es el acontecimiento fundante *per se*, es el elemento que permite descubrir aquellas tradiciones que estaban en el substrato de su emergencia, y la recuperación de éstas es la que le termina confiriendo su papel esencial como delimitador del cambio. Por otra parte, la incorporación de las representaciones de los sujetos no se da en el sentido de una aceptación acrítica de su «falsa conciencia» al punto de trastocar esta «falsa conciencia» en interpretación historiográfica. Se realiza como elemento ineludible para una adecuada reconstrucción del proceso histórico en el que un nuevo sujeto, la clase obrera, “es

³⁸ *Ibidem.*, pp. 11-12.

³⁹ Ellen Meiksins Wood ha señalado, en respuesta a quienes han criticado el énfasis puesto por Thompson en las continuidades [de las tradiciones populares a la cultura obrera emergente], que “The point of Thompson’s argument [...] is to demonstrate the changes within the continuities precisely in order to show the logic of capitalist production relations at work in the ‘superstructure’”. Ver “*Falling Through the Craks: E. P. Thompson and the Debate on Base and Superstructure*”, en Kaye, H., y Mc Clelland (eds.) *E. P. Thompson. Critical Perspectives*, Temple, Filadelfia, 1990, pp. 125-152, cita en p. 142 [Trad. cast. en *Historia Social* N° 18, pp. 103-124].

definido y se define a sí mismo” y que resultaría imposible de realizar sin la incorporación en el análisis del punto de vista de este sujeto⁴⁰.

Desde nuestra perspectiva, estos desarrollos de la práctica histórica de Thompson deben considerarse en su relación con el carácter del método de construcción del conocimiento en la tradición marxista. La práctica historiográfica de Thompson discurre en este punto por carriles divergentes de sus sistematizaciones teóricas y parece presentar puntos de contacto con algunos de los escritos de Marx que él mismo rechaza⁴¹. Nos referimos a los escritos sobre el método de la economía política, en los que la reflexión histórica de Marx parte de lo concreto actual, la relación entre capital y trabajo como “una rica totalidad con múltiples determinaciones”, a partir del cuál se revelan *post festum* las claves de la dinámica del proceso histórico:

“Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el

⁴⁰ Al respecto, proponemos prestar atención a la formulación de Thompson sobre la clase obrera cuyo proceso de formación sólo se torna inteligible a partir de la incorporación de los testimonios de las experiencias de quienes sufren el proceso, ya que es esta incorporación la que le permite reconstruir “hechos de una clase diferente” (*La formación...*, p. 212) a los descritos por la historiografía dominante. En esta consideración metodológica existen dos planos (a veces sólo diferenciados por matices) que deben distinguirse: por un lado, la reconstrucción de un “hecho o proceso objetivo” a partir de la consideración crítica de un testimonio explícitamente subjetivo y, por otro, la identificación de un hecho con el objeto del discurso de este testimonio explícitamente subjetivo. Desde nuestra perspectiva, el balance de una consideración global de la obra de nuestro autor muestra que la postura de Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa se corresponde más con la primera línea señalada que con la segunda. Por lo tanto, lo característico de su posición no es su sesgo “subjetivista” (en el sentido de privilegiar excluyentemente el sentimiento la visión o la *falsa conciencia* de los actores que estudia) sino su ubicación como historiador en otro punto de vista para observar los procesos objetivos que se desarrollan. La incorporación del punto de vista (y el sentimiento y visión de los sujetos que estudia) sí es indispensable para lograr una adecuada intelección de estos procesos, cuestión que, por otra parte, ubica a Thompson en una postura muy similar a la de Marx en cuanto a la construcción del conocimiento. El situarse en otro punto de vista le permite a Thompson ver lo que genéricamente llama “intensificación de la explotación”, dónde otros sólo ven aumento de la riqueza y crecimiento económico y puede ver en el “jacobinismo” no sólo una experiencia fundamental en el proceso de constitución de la clase obrera inglesa sino también una experiencia cuya complejidad no puede ser eludida como simple autonomización de lo político frente al esencialismo de cualquier interpretación anclada en lo social, cuando no una rayana prefiguración del “totalitarismo”...

⁴¹ El rescate thompsoniano de la obra de Marx está influenciado por una concepción del “materialismo histórico” muy identificada con los cánones de la disciplina histórica. Thompson considera positiva “la avanzadilla filosófica de la década de 1840 y las proposiciones que configuran *La Ideología Alemana* y el *Manifiesto del Partido Comunista*”, a la luz del desarrollo posterior de “estancamiento, e incluso regresión”. Con esto se alude al tratamiento fundamentalmente económico de los *Grundrisse*, “la trampa de la economía política” que captura a Marx y de la que sale sólo en parte en los tramos más “históricos” de *El Capital*, obra que, sin embargo, es retratada como “una monumental incoherencia” en la que “la historia es introducida para proveer de ejemplificación e «ilustración» a una estructura que no deriva de esta disciplina”. Cfr. *Miseria de la teoría*, Barcelona, Editorial Crítica, 1981, cap. IX.

pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el efectivo punto de partida, y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación⁴².

Para Marx, el proceso de abstracción lleva las configuraciones concretas más desarrolladas a sus más simples determinaciones, cuya formulación es posible, no obstante, sólo a partir del todo concreto más desarrollado que conserva estas categorías como una relación subordinada. La configuración global del proceso histórico se concibe entonces como un producto histórico cuyas relaciones fundamentales se comprenden sólo a partir de la totalidad, el todo más desarrollado que es la sociedad capitalista; y el análisis dialéctico, que permite conocer la dinámica de las distintas formaciones históricas se remite, en último término, a esta totalidad histórica que provee el método de aproximación⁴³. Este carácter histórico del método de Marx implica también que la dialéctica trata de “una etapa particular del proceso histórico”⁴⁴, el «reino de la necesidad», y por lo tanto sus leyes no se aplican a una sociedad futura sin clases, el «reino de la libertad» en que impera “la actividad autoconsciente de individuos libremente asociados”⁴⁵.

La práctica de Thompson sugiere un análisis de la temporalidad en el cual, la experiencia jacobina, se revela *post festum* como esclarecedora del papel que cumplen las tradiciones populares del siglo XVIII en relación con el proceso de formación de la clase obrera inglesa que es fundamentalmente el proceso de constitución de un nuevo sujeto. Pero a la vez, el papel cumplido por estas tradiciones populares no podría ser percibido si ya la «experiencia jacobina» no orientara «desde la intuición» la indagación hacia ellas en tanto elementos contenidos en esta «experiencia» que inaugura la

⁴² Marx, K., *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, México, Siglo XXI Editores, 23ª edición, pp. 50-51.

⁴³ Nos remitimos aquí las interpretaciones de la dialéctica marxista como un orden de verdad diferenciado de la dialéctica hegeliana, tal cual ha sido propuesto por Herbert Marcuse. Marcuse señala que “Para Hegel, la totalidad era la totalidad de la razón, un sistema ontológico cerrado, idéntico en última instancia al sistema racional de la historia. El proceso dialéctico de Hegel era, pues, un proceso ontológico universal, en el que la historia se modelaba según el proceso metafísico del ser. Por el contrario, Marx desliga la dialéctica de esta base ontológica. En su obra, la negatividad de la realidad se convierte en una condición *histórica* que no puede ser hipostasiada como situación metafísica. Dicho de otro modo, se convierte en una condición social, asociada a una forma histórica particular de sociedad. La totalidad a que llega la dialéctica marxista es la totalidad de la sociedad de clases, y la negatividad que subyace en sus contradicciones y configura su contenido mismo es la negatividad de las relaciones de clases. (...) El método dialéctico, pues, es convertido por naturaleza propia en un método histórico”. Marcuse, H., *Razón y Revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 306-307.

⁴⁴ *Ibidem.*, p. 308.

⁴⁵ *Ibidem.*, p. 309.

constitución de un nuevo sujeto. ¿Se trata entonces de un planteo que retoma la tradición de Marx en relación con los problemas de la constitución de la subjetividad a partir de la problematización misma de la cuestión del “tiempo histórico”?

Ya en el siglo XX, Benjamin reflexiona acerca del tiempo histórico como objeto de la historia señalando que “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino aquel pletórico de tiempo-ahora (...)”⁴⁶. De esta reflexión se desprende una intención metodológica que busca “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”⁴⁷. Ciertamente, en la proposición benjaminiana esto conduce a conclusiones muy divergentes a las que arribarán Thompson y el propio Marx. Para Benjamin se trata de demostrar que todo testimonio del progreso es al mismo tiempo un testimonio de barbarie y de llamar la atención sobre hasta qué punto una concepción lineal de la relación pasado-presente-futuro se condice con una idea “historicista” del progreso y reproduce esta barbarie. En el caso de Thompson pueden vislumbrarse por momentos conclusiones que apuntarían a este tipo de radicalidad en la crítica, sobre todo en la dimensión ética que implica su aproximación a las «experiencias» de los sujetos que actuaron en el pasado; pero lo característico de su posición historiográfica es la combinación de un énfasis en la recuperación del pasado con una búsqueda permanente de las articulaciones entre las continuidades y las rupturas propia de su visión de historiador, que no se corresponde con el mesianismo benjaminiano. Sin embargo, la figura de Benjamin nos resulta una referencia, si bien osada, relevante, porque plantea la centralidad del problema del “tiempo histórico”, tema que en el juego de otras coordenadas encontramos en el relato de Thompson, y que nos permite comprender el papel otorgado a la experiencia jacobina en un relato histórico no determinista y reflexionar sobre las formas en que desde el presente puede constituirse una visión a la vez recuperativa y crítica del pasado⁴⁸.

⁴⁶ Benjamin, Walter, “Sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia.*, Santiago, Chile, ARCIS y LOM Ediciones, [1995?], p. 61.

⁴⁷ *Ibidem.*, p.53.

⁴⁸ Harvey Kaye ha sugerido con agudeza, tras un balance de la contribución colectiva de los historiadores marxistas británicos, sobre todo en su sentido político, que éstos “son los que mejor representan lo que Walter Benjamin pensaba cuando escribía «Sólo tendrá el don de encender la chispa de la esperanza en el pasado el historiador que esté firmemente convencido de que ni siquiera los *muertos* estarán a salvo del enemigo [la clase dirigente] si él gana. Y el enemigo no ha cesado de ser victorioso”, *Los historiadores marxistas británicos*, Universidad de Zaragoza, 1989, p. 209. A nuestro juicio, todas las implicancias de esta formulación benjaminiana se corresponden con el trasfondo ético que guía la aproximación thompsoniana a las acciones, sentimientos, experiencias y razones de los sujetos en el pasado; pero, además, debe explorarse esta sugerencia prestando atención -a partir de la lectura de una carácter intrínsecamente histórico del método de Marx (Marcuse) y los puntos de correspondencia con los planteos específicos de Benjamin sobre el “tiempo histórico”- a la forma en que presenta Thompson el relato del proceso de la formación de la

Volviendo a Thompson, recordamos que este elemento delimitador que nuestro autor encuentra en la experiencia jacobina de la década de 1790 y que analiza en el capítulo 1 de *La formación...*, le permite reconstruir la tradición intelectual de disidencia religiosa, la tradición de la multitud y la tradición asociada a la idea del “inglés libre por nacimiento” (estudiadas en los capítulos 2 a 4), que retoman ésta y otras experiencias políticas de la clase obrera en formación (como las de defensa de los derechos de las mujeres y la del radicalismo político).

No nos detendremos en el análisis de Thompson sobre el siglo XVIII. Sin embargo importa señalar que esto constituirá una preocupación central en su obra ulterior⁴⁹. En lo que respecta al análisis de *La formación...*, estas alusiones son significativas porque arrojan luz sobre el carácter de la experiencia jacobina. La consideración de esta tradición le permite a Thompson ver el carácter de ruptura expresado por Paine, presente ya en su obra *Sentido común* de 1776, que daba un peso escaso al “precedente” en la fundamentación de las demandas políticas, pero que sin embargo no tuvo efectos en la práctica. (Apareció en Norteamérica y en Inglaterra sólo se difundió después de la Revolución francesa y la publicación de *Los derechos del hombre*)⁵⁰. En este momento,

“(…) Parecía que si las cosas se decían tan francamente como Paine las había puesto en *Sentido Común [1776]*, entonces los reformadores se verían obligados a retirarse por completo del debate constitucional y a fundamentar sus demandas en la razón, la conciencia, el individualismo y las verdades «evidentes». Para muchos ingleses del siglo XVIII, cuya mentes estaban nutridas en una cultura constitucionalista, la idea era escandalosa, aterradora y peligrosa en sus implicaciones.

clase obrera articulando cambios y continuidades a partir del “pletórico tiempo ahora” de la experiencia de la década jacobina de 1790 que permite recuperar las tradiciones populares del siglo XVIII y concebir su proyección, en un sentido no lineal, en el proceso de la formación de la clase obrera en el siglo XIX.

⁴⁹ Cfr. *Costumbres en común, ob.cit.*, y para una interpretación de las preocupaciones políticas que subyacen a esta sección de la obra thompsoniana, Dworkin, Dennis, *Cultural Marxism in Postwar Britain*, Duke University Press, Durham and London, 1997. Con respecto a este vuelco en la obra thompsoniana, es interesante destacar a los fines de nuestro trabajo que el primer proyecto de Thompson apuntaba hacia una historia de la clase obrera entre 1790 y 1945 del cual *La formación...* sería “el primer capítulo”. Thompson apunta que “el material lo cautivó” y que los problemas que éste planteaba, así como la manera de concebir la enseñanza en la Universidad de Warwick orientaron su trabajo hacia el siglo XVIII en los diez años siguientes. Cfr. [Michell Merril] “Una entrevista con E. P. Thompson” en *Tradicción, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979, pp. 294-318, esp. p. 307. [«An Interview with E. P. Thompson», *Radical History Review*, III, nº 4 (marzo 1976), pp. 4-25].

⁵⁰ *La formación...*, pp. 81 y ss.

“Y sin embargo, era necesario que se rompiera esa retórica, porque -incluso cuando estaba adornada en los improbables términos sajones de Baxter- implicaba la absoluta inviolabilidad de determinadas convenciones: el respeto hacia la institución monárquica, hacia el principio hereditario, hacia los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la iglesia oficial, y hacia la representación, no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad.”⁵¹

La ruptura de esta retórica, hallada y valorada por Thompson en el Paine de *Sentido común*, se hace patente en la práctica con la experiencia jacobina. Esto puede verse en el éxito alcanzado por *Los derechos del hombre* y en la importancia que Thompson le adjudica como elemento constitutivo de una tradición intelectual de reforma que contribuye a la formación de la “clase obrera” al plantear una serie de ideas, sobre todo en la segunda parte referida a los derechos sociales, de fácil articulación con las experiencias de los grupos que constituirán dicha clase⁵².

El cierre de la exploración sobre el siglo XVIII está dado en el capítulo 5, último de la Primera Parte, y de importancia fundamental al igual que el primero para comprender la superación de la concepción lineal del tiempo realizada por Thompson. Este capítulo se aboca al análisis de la década jacobina como ruptura que incluye la continuidad. En él Thompson supera “la muralla china que separa al siglo XVIII del siglo XIX”, volviendo al objeto del capítulo 1. En palabras del autor,

“(…) Hemos hecho este largo rodeo para sortear la muralla china que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera, de la historia cultural e intelectual del resto de la nación. Los acontecimientos de la década de 1790 se ven, demasiado a menudo, en Inglaterra como un destello que se refleja en la toma de la Bastilla. Pero los elementos que cristalizaron mediante el ejemplo francés -las tradiciones disidentes y libertarias- se remontan muy lejos en la historia inglesa. Y la agitación de la década de 1790, aunque sólo duró cinco años (1792-1796), fue extraordinariamente intensa y de largo alcance. Alteró las actitudes subpolíticas del pueblo, afectó los alineamientos de

⁵¹ *Ibidem.*, pp. 83-84.

⁵² “El éxito de la primera parte de *Los derechos del hombre* fue grande, pero el éxito de la segunda parte fue fenomenal. Fue esta parte (...) la que tendió un puente entre las tradiciones más antiguas del «hombre de la Commonwealth» *whig* y el radicalismo de los cuchilleros de Sheffield, los tejedores de Norwich y los artesanos de Londres. Mediante estas propuestas, la reforma se puso en relación con las experiencias cotidianas de la penuria económica. (...)”, *Ibidem.*, pp. 90-91.

clase e inició tradiciones que se extienden hacia adelante hasta el presente siglo. No fue sólo agitación en torno a Francia, aunque los acontecimientos franceses a la vez la inspiraron y la complicaron. Fue una agitación inglesa, de unas dimensiones impresionantes, en favor de una democracia inglesa.

“El ejemplo francés rompió la compuerta del constitucionalismo. Pero el año fue 1792, no 1789, y las aguas que fluyeron a través de ella fueron las de Tom Paine.”⁵³

En este capítulo se mantiene la combinación de rupturas y continuidades y la importancia concedida al análisis del acontecimiento. Esto no significa que Thompson eluda explicaciones generales, por el contrario éstas se construyen a partir de un análisis empírico minucioso. Por ejemplo, Thompson observa ciertas recurrencias entre los cambios de las actitudes populares y un endurecimiento de la represión que lleva a una contracción, cuyo ejemplo más patente son los efectos negativos que producen en Inglaterra en 1793 la ejecución del rey francés, el inicio de la guerra y el comienzo de la persecución legal a los reformadores. Asimismo, extrae una serie de reflexiones acerca de los efectos no queridos de experiencias externas que actúan como motivadoras de la acción, reflexiones que conllevan una carga política evidente si se recuerdan los avatares de la experiencia política del autor frente a los acontecimientos de 1956⁵⁴. Pero lo importante aquí es que los acontecimientos no son situados en una esfera autonomizada sino que constituyen el cuerpo del proceso social. En el caso del jacobinismo inglés, los acontecimientos que se analizan son los que transcurren entre la creación de la Sociedad de Correspondencia de Londres y el mitin de York de 1795 con posterioridad a las Dos Leyes de Pitt, que consideraban delito de traición cualquier incitación al pueblo al odio o al desacato al rey, la Constitución o el gobierno y prohibían las reuniones de más de 50 personas⁵⁵. Estos acontecimientos tienen un peso determinante que es conceptualizado exclusivamente a partir de la indagación empírica y que puede proyectarse hasta adquirir el carácter de configurador de formas estructurales de larga duración. Por ejemplo, para Thompson, el análisis del mitin de York muestra que

⁵³ *Ibidem.*, pp. 99-100.

⁵⁴ Cfr. *Ibidem.*, pp. 112-114

⁵⁵ Cfr. *Ibidem.*, pp. 147-148. Véase que los acontecimientos tratado se corresponden, cronológicamente, con lo analizado en la primera parte.

“Este es uno de aquellos momentos de la historia que parece revelar una crisis entre épocas. Aparte de las elecciones, el siguiente mitin masivo del West Riding que se hizo en York iba a ser la «Peregrinación» de Oastler, de esclavos de la fábrica (1832). Del mismo modo que el mitin de York se escindió en campesinos propietarios legitimistas y sediciosos sin derecho a voto, la sociedad del siglo XIX iba a estar dividida, en las *hustings*, entre electores y obreros, hasta 1850. Y simboliza otra división. «Entre Yorkshire y Middlesex hacen toda Inglaterra», dijo Fox. La conciencia inconformista del Yorkshire había demostrado ser vulnerable: donde no alcanzaban la iglesia y el rey, podían llegar Wilberforce y los metodistas. Pero en el Middlesex la disidencia tradicional de los hombres de oficio y los artesanos se decantó, en este momento, netamente hacia el librepensamiento. Y también esto fue consecuencia de las Dos Leyes, y de las declaraciones de «lealtad» por parte de dirigentes de la Iglesia y el templo por igual.

“Se ha dicho que el ladrido de las Dos Leyes fue peor que su mordisco. Nunca se impuso la pena de muerte bajo sus disposiciones. Aunque el hábeas corpus estuvo suspendido durante ocho años, parece que sólo unos pocos fueron retenidos sin juicio por un tiempo. Por supuesto, que este era el ladrido que Pitt deseaba: miedo, espías, magistrados vigilantes con poderes indefinidos, de vez en cuando el castigo ejemplar. En cualquier caso, entre el ladrido y el mordisco de las Dos Leyes quedaba la barrera de un jurado inglés; y se puede poner en tela de juicio la opinión de Place (1842), según la cual «se puede decir que la mayoría de los tenderos y los obreros las aprobaron [las leyes] sin entenderlas».

“En todo caso, las leyes triunfaron. (...)”⁵⁶.

Las explicaciones elaboradas por Thompson acerca del carácter del jacobinismo inglés y las razones de su fracaso tienden a subrayar la importancia de las características del movimiento, apuntando por otra parte los efectos que produce el jacobinismo francés:

“(...) en su momento culminante, en 1795, el movimiento tenía apenas 4 años de desarrollo; su pensamiento se tenía que elaborar bajo la presión de la organización, en medio de inquietudes y acusaciones de traición,

⁵⁶ *Ibidem.*, pp. 149-150.

con partidarios ausentes y con un Robespierre que interrumpía las floridas épocas de sus discursos con la tétrica guillotina. (...)»⁵⁷

A continuación, el relevamiento de los acontecimientos se extiende hasta 1799, cuando el peso de otro acontecimiento, la sanción de una legislación especial que prohíbe y suprime por completo la Sociedad de Correspondencia de Londres y los Ingleses Unidos, da cierre al relato de esta primera experiencia del jacobinismo⁵⁸.

El análisis que realiza Thompson sobre el jacobinismo considera la encarnación de esta tradición en distintas ideas y personas. Así, se plantean problemas como los de la actuación de los reformadores y el alcance del acercamiento a una postura revolucionaria en medio de un dilema sobre cómo llevar a cabo los objetivos de aquellos que no tenían representación en un contexto en que sus organizaciones eran perseguidas y reprimidas, que prefigura la división entre fuerza «moral» y «física» del movimiento cartista. Este acercamiento podía pasar por la aprobación de los métodos de agitación ilimitada (Thelwall) o de la clandestinidad (Spence)⁵⁹. Además, Thompson rescata en Spence el hecho de que la dirección de sus escritos se orientara hacia las mujeres trabajadoras. En esto encuentra la fuente de una tradición de defensa de los derechos de la mujer y la causa de la liberación sexual que encarna intelectualmente en las figuras de Mary Wollstonecraft, Godwin y Blake⁶⁰.

Thompson extrae, finalmente, una influencia positiva del fracaso del jacobinismo en la década del 90:

“Hasta aquí, podría parecer, que se trata de la constatación de la frustración y el fracaso. Pero la experiencia tenía otro aspecto más positivo en su conjunto. No fue una sola tradición, sino muchas las que tuvieron origen en esos años. Está la tradición intelectual de Godwin y Mary Wollstonecraft, que Shelley reafirmaría. Está la tradición del deísmo y el librepensamiento; apenas habían finalizado las guerras antes de que Richard Carlile empezara a reeditar todas las obras de Paine. Está la tradición de los unitaristas avanzados y los «cristianos librepensadores», transferida por hombres como Benjamin Flower y William Fend a la *Monthly Depository* de W. J. Fox. Está la tradición de Place, y de los hombres de oficio y artesanos de ideas constitucionales moderadas

⁵⁷ *Ibidem.*, p. 186.

⁵⁸ *Ibidem.*, p. 180.

⁵⁹ *Ibidem.*, pp. 164-166.

⁶⁰ *Ibidem.*, pp. 166-167.

(algunos de los cuales, como Hardy, Galloway y el propio Place prosperaron, más tarde, como pequeños o grandes patronos), que reaparecieron en la elección del Westminster, de 1807, en apoyo del discípulo de Tooke, sir Francis Burdett, y que permanecieron desde aquel momento en asociación activa.

“Estas tradiciones se encarnan, no solo en ideas, sino en personas. (...)”⁶¹

Como resultado de esta conclusión pese a todo positiva, y de la indagación en las formas peculiarmente inglesas, Thompson atisba ver en la década de 1790 una “revolución inglesa” que se define, ante todo, por un cambio en la conciencia (es decir en un nivel eminentemente subjetivo):

“En la década de 1790 acaeció algo parecido a una «Revolución inglesa», de profunda importancia en la conformación de la conciencia de la clase obrera de la posguerra”⁶².

Y la conceptualización de esta “revolución inglesa” es la que justifica el situar en esta década el punto de origen de la formación de la clase obrera.

La experiencia de la tradición jacobina que cristaliza en la década del 90 es vista en conjunto en un sentido positivo, ya que, además de alterar las actitudes subpolíticas del pueblo y afectar los alineamientos de clase, marca el inicio de las tradiciones que se desarrollarán en el siglo XIX. La particularidad de la combinación de continuidades y rupturas enunciada por Thompson permite ver la permanencia de la tradición jacobina más allá del punto de su fracaso:

“(...) en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático, fue en los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca «conciencia obrera de clase».

“Incluso en los años más oscuros de la guerra, se puede advertir, a pesar de todo, cómo el impulso democrático actuaba por debajo de la superficie. Éste proporcionó una afirmación de los derechos, una visión momentánea de un milenio plebeyo que jamás se extinguió. Las *Combination Acts* (1799-1800) sólo sirvieron para unir de forma más

⁶¹ *Ibidem.*, p. 186.

⁶² *Ibidem.*, p. 184.

estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions*. Incluso durante los años en que se estaba bajo la fiebre de la «invasión», continuaron fermentando nuevas ideas y nuevas formas de organización. Hay una alteración radical de las actitudes subpolíticas del pueblo, a la cual contribuyeron decenas de miles de soldados renuentes. Hacia 1811 podemos presenciar la emergencia simultánea de un nuevo radicalismo popular y de una militancia reciente en el tradeunionismo. Este fue el producto, en parte, de nuevas experiencias y, en parte, fue la inevitable respuesta a los años de reacción (...) ⁶³.

Más adelante dedicará incluso abundantes páginas a corroborar empíricamente esta posición. Así, podemos encontrar en su relato el vuelco del jacobinismo hacia el patriotismo popular al ritmo de la pérdida del magnetismo de la imagen de Francia como ideario de la *libertad* en el proceso que va de Paine a Napoleón y que implica en el contexto inglés una expansión de la propaganda antijacobina, el retroceso de la reforma parlamentaria y la represión; pero también, su apropiación por el radicalismo político, que orienta su lucha contra el despotismo frente a la erosión de las libertades individuales, los encarcelamientos sin juicio previo, los sobornos a la prensa y el uso de las influencias para el refuerzo del poder. Más aún, Thompson intenta no perder el rastro de los viejos jacobinos, y encuentra a algunos de ellos en las experiencias de las victorias electorales del Comité del Westminster de Londres que abren el paso para formas de organización política más democráticas e ideas de “independencia política” cada vez más desprendidas de la posición de riqueza y asociadas al deber de los electores ⁶⁴; percibe sus influencias en la tradición de defensa de los derechos de las mujeres que tiene su origen en Mary Wollstonecraft, Blake y Spencer (aunque discurre por carriles propios) y en la recuperación de Hazlitt en los años 20 de las tradiciones de la *liberté* y la *égalité* (aunque su polémica, a diferencia de Paine, se orienta a la cultura refinada); encuentra a otros, en las reuniones secretas a medianoche, detrás de las organizaciones ilegales y del ludismo... Asimismo, está presente en su análisis un intento de vinculación entre la inauguración de los Templos de la Razón y la posterior tradición owenita ⁶⁵.

La asociación con la recuperación hecha de las distintas tradiciones populares o disidentes, así como la recuperación del legado jacobino en experiencias posteriores, hace que el sentido positivo de la experiencia aparezca abordado desde una posición que

⁶³ *Ibidem.*, pp. 188-189.

⁶⁴ *Ibidem.*, Tomo II, p. 28.

⁶⁵ *Ibidem.*, p. 152.

considera central la valoración y la recuperación de la experiencia pasada. Pero aquí llegamos a otra cuestión nodal: ¿cuál es el jacobinismo que recupera Thompson a partir de este minucioso rastreo empírico? Para Thompson es fundamental mostrar que los valores de la Revolución que rompen “la compuerta del constitucionalismo inglés” son los de 1792 y no los de 1789, y que estos valores no son los del totalitarismo, sino los del internacionalismo, la prédica contra el exterminio de los adversarios, la tolerancia religiosa y la defensa de la libertad:

“(…) si se aplica el mito de «totalitarismo» jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario Código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el «pagano, turco o judío». Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a la «muchedumbre» (en palabras de Paine) de «seguidores de la *facción*» en seguidores del «*estandarte de la libertad*»⁶⁶.

La indagación empírica que hace Thompson acerca del jacobinismo inglés lo conduce a encontrar en él los valores de participación de todos los ciudadanos en las tareas de los comités, las presidencias rotativas de éstos, la vigilancia hacia las pretensiones de los líderes, la creencia en la capacidad de razonar de todos los hombres, valores que a su juicio encarnan formas que se constituyen en crítica de la práctica contemporánea y que estarán presentes en el cartismo y ausentes en el socialismo de fines del siglo XIX y en el movimiento obrero del siglo XX. Esto muestra los alcances y las limitaciones de la proyección histórica de la experiencia jacobina y justifica la centralidad otorgada a estos acontecimientos en el análisis del proceso de formación de la clase obrera inglesa.

El jacobinismo implanta los orígenes de una tradición basada en estos principios y aporta, en los aspectos organizativos e ideológicos, la tradición de la autodidaxia, la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas, la tradición del republicanismo consciente y del internacionalismo. Además, la inclusión de la «nación» como tema en Paine, hasta entonces excluido de los debates constitucionales del siglo XVIII, marca la

⁶⁶ *Ibidem.*, pp. 97-98.

puesta en marcha de una nueva fuerza de impacto global en el proceso histórico: la fuerza de la democracia.

E. P. Thompson y el problema de la revolución burguesa.

La originalidad del planteo thompsoniano puede verse si prestamos atención al sentido político de sus posturas. Muchos de estos problemas saldrían a la luz en la primera serie de controversias de Thompson con Anderson y Nairn un par de años después de la publicación de *La formación...*

Aquí se discute el problema de la “revolución burguesa” en Inglaterra. La postura de Thompson critica el apego de sus oponentes al modelo francés y las dificultades de su aplicación a Inglaterra. Thompson se enfrenta desde el campo histórico a la tesis de Anderson y Nairn de que en Inglaterra, “una burguesía débil dio lugar a un proletariado subordinado”, que explicaría la excepcionalidad de esta formación histórica y las características de la crisis “actual”⁶⁷.

Esto lo lleva a plantear las dificultades de encontrar en *el acontecimiento* el episodio crucial de una ruptura inevitable y el punto de quiebre universal más allá de las peculiaridades de cada experiencia concreta:

“Me opongo a un modelo que concentre la atención en un episodio crucial *la* Revolución- con el que se deba relacionar todo lo que va antes y después; y que hace hincapié en un tipo ideal de Revolución en comparación con la cual se deben juzgar todas las demás. Las mentes que tienen el ansia de un platonismo puro, se vuelven enseguida impacientes con la historia real. La Revolución Francesa fue un momento fundamental de la historia occidental que, en su rápido paso por una gama de experiencias, aportó intuiciones y prefiguraciones sin par de conflictos subsiguientes. Pero, precisamente porque fue una experiencia gigantesca, no necesariamente fue una experiencia característica. Lejos de considerar una fase de izquierdismo jacobino avanzado e igualitario sea una parte intrínseca de cualquier revolución burguesa plenamente lograda, la investigación reciente acerca del papel que jugó la multitud parisina, la composición social real de las secciones y de las instituciones del Terror y de los ejércitos revolucionarios, así como sobre la

⁶⁷ Thompson, E. P. “Las peculiaridades de los ingleses” en *Historia Social*, nº18 Invierno de 1994, p. 22.

emergencia nacional de la dictadura de guerra, pone en cuestión hasta qué punto es significativo caracterizar el jacobinismo del Año II como una auténtica experiencia “burguesa”. Y, verdaderamente, no se puede atribuir a la burguesía *industrial* el haber sido ni la “vanguardia” del jacobinismo, ni la principal fuerza social que sostuvo aquel momento político profundamente ambiguo”⁶⁸

Así, si Thompson frente a Anderson y Nairn, “los Primeros Marxistas Blancos”, coincide aparentemente con Furet frente al “marxismo ortodoxo” en las críticas a la dificultad de encontrar la acción de la burguesía en los momentos cruciales de la dinámica revolucionaria, y por lo tanto, en lo problemática que resulta la conjunción de una interpretación social con un análisis de *el* acontecimiento, la solución a que arriba es diametralmente opuesta. No se trata de acusar un supuesto efecto mistificador del concepto de “revolución burguesa” a partir de la denuncia del centramiento en el análisis del jacobinismo como “el episodio no «burgués [en que] la ideología moralizante y utópica encubre al máximo el proceso histórico real”⁶⁹, sino de situar, a partir del análisis de los acontecimientos, en una duración más amplia en que se inscribe la revolución, la explicación de una transformación social que, eso sí, es innegable, lleva al poder a la burguesía.

El hecho de que la burguesía no haya sido ni la vanguardia del jacobinismo, ni la principal fuerza social en acción, es interpretado en el sentido de una valoración positiva de la acción de aquellos grupos sociales cuyo papel fue fundamental para su triunfo. Se trata de mostrar que el problema no reside en que para 1832 en Inglaterra hay una burguesía con una experiencia “fragmentaria” o “incompleta” que “no [tenía] una experiencia «jacobina» avanzada, como cualquier burguesía de buena crianza debería tener”⁷⁰, sino en hurgar en las características específicas de una experiencia histórica única que no puede ser comprendida sino mediante un análisis exhaustivo de los acontecimientos, que permita descentrarse del brillo mistificador del acontecimiento fundante *per se*, la Revolución, para concebir la transformación epocal que lleva al poder a la burguesía:

“los historiadores [...] deberían reconstruir desde la Guerra de las dos Rosas, la Monarquía de los Tudor (¿tenemos en la figura de Enrique VIII

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ Furet, F., *Pensar...*, *ob. cit.*, p. 112.

⁷⁰ “Las peculiaridades...”, *ob. cit.*, p. 20

a un Robespierre prematuro, una dictadura de la burguesía?), el deshonor de los ministros reales, los conflictos religiosos de los siglos XVI y XVIII, y desde 1832, fragmentos de este gran arco que de hecho, en el sentido de época, constituye la revolución burguesa”⁷¹

Su interpretación de la crisis de 1832 guarda relación con la identificación entre la reforma de 1832 y la conclusión del proceso de formación de la clase obrera. En este punto culminante Thompson advierte una conciencia de clase obrera que es comprendida en dos sentidos: como conciencia de identidad de intereses entre los trabajadores de distintas ocupaciones y como conciencia de identidad de intereses de las «clases productivas» frente a las otras clases y, por lo tanto, base de expresión de los ideales de un sistema alternativo⁷². En el segundo sentido, cobra centralidad la dimensión política, en tanto para Thompson es la restricción del derecho al voto (y con ello la delimitación entre clase media y clase obrera como producto del desarrollo de la lucha de clases) la que resulta central en la emergencia de esta conciencia diferenciada por parte de la clase obrera⁷³. Y esta dimensión política, debe tener su correlato historiográfico en el énfasis y en la “recuperación”, por parte del historiador, del componente obrero del radicalismo y del movimiento que llevó a la reforma.

En su interpretación, el carácter de la crisis de 1832 ilumina las características del proceso que lleva a ella y que coincide con la formación de la clase obrera. El caso inglés presenta la particularidad de no ser un movimiento de clase media que lleva a la cola a la clase obrera, sino un proceso “trastocado”⁷⁴. El “ejemplo” de la revolución francesa no puede ser tomado como modelo de revolución burguesa, justamente por el carácter aleccionador que tiene en tanto “ejemplo”. De hecho, en la consideración retrospectiva, el ejemplo de la revolución francesa se manifiesta abriendo las puertas a la contrarrevolución de los veinticinco años que suceden al punto más alto del jacobinismo inglés, configurando un papel timorato en la burguesía industrial y realzando el papel que debe cumplir el movimiento popular para la consecución de las mínimas reformas:

⁷¹ *Ibidem.*, p. 22.

⁷² *La formación...*, Tomo II, p. 422-423.

⁷³ *Ibidem.*, Tomo II, p. 423.

⁷⁴ *Ibidem.*, “La característica particular del desarrollo inglés había sido que, donde esperaríamos encontrar un movimiento creciente de la clase media en favor de la reforma, con la clase obrera a la cola, sucedido luego por una agitación independiente de la clase obrera, de hecho nos encontramos con el proceso trastocado”.

“El ejemplo de la Revolución francesa había iniciado tres procesos simultáneos: la aterrorizada respuesta contrarrevolucionaria de la aristocracia terrateniente y comercial; una retirada por parte de la burguesía industrial y una acomodación (en términos favorables) con el *statu quo*; y una rápida radicalización del movimiento popular en favor de la reforma hasta el punto de que los cuadros jacobinos que fueron bastante resistentes para sobrevivir a lo largo de las guerras eran en su mayoría pequeños patronos, artesanos, calceteros y tundidores, además de otros trabajadores. Los 25 años que siguieron a 1795 pueden considerarse como los años de la larga contrarrevolución, y en consecuencia el movimiento radical siguió siendo en su mayor parte de carácter obrero, con un populismo democrático avanzado como teoría. Pero el triunfo de un movimiento como éste difícilmente recibiría la bienvenida de parte de los propietarios de las hilanderías, los dueños de los altos hornos o los industriales. De aquí la ideología particularmente represiva y antiigualitaria de las clases medias inglesas (Godwin dando paso a Bentham, Bentham dando paso a Malthus, M'Culloch y el doctor Ure, y éstos dando lugar a Baines, Macaulay y Edwin Chadwick). De aquí también el hecho de que la más suave medida de reforma para hacer frente a las irracionalidades manifiestas de la Vieja Corrupción se *aplazasen* en realidad, debido a la resistencia del viejo orden por un lado, a la timidez de los industriales por el otro”⁷⁵.

Por lo tanto, este proceso no puede explicarse unívocamente a partir de una reducción de “los fenómenos políticos a su significado de clase «real»”; entre otras cosas porque la Vieja Corrupción, constituía una “formación única” que “apenas habría podido superar el siglo XVIII si no hubiese tenido lugar, providencialmente, la Revolución Francesa para salvarla”⁷⁶.

Thompson destaca que el enemigo de los reformadores “no era un estamento aristocrático, ni tampoco la clase agraria capitalista en pleno”⁷⁷, y retrospectivamente apunta que la exclusión de la burguesía industrial del «acuerdo» de 1688 se debe más a su carácter nimio que a que fuera industrial⁷⁸. Para comprender la crisis de 1832, es

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ “Las peculiaridades...”, *ob. cit.*, pp. 22-23.

⁷⁷ *Ibidem*., p. 24

⁷⁸ *Ibidem*., pp. 24-25.

necesario prestar atención al papel de la presencia de las tradiciones de la clase obrera y a la posibilidad real de una revolución:

“La crisis del proyecto de ley para la reforma de 1832 -o, para ser más precisos, las sucesivas crisis desde principios de 1831 hasta los «días de mayo» en 1832- ilustran esas tesis en casi todos los aspectos. La agitación surgió entre «el pueblo» y acusó rápidamente el consenso de opinión más asombroso en relación a la imperiosa necesidad de la «reforma». Mirado desde un punto de vista, Inglaterra atravesó, sin ningún género de dudas, una crisis, durante esos doce meses, en la cual la revolución fue posible. La rapidez con que se extendió la agitación indica hasta que punto estaba presente entre el pueblo la experiencia de todo tipo de agitación constitucional y cuasilegal”⁷⁹

Y es por esta misma “posibilidad real” que en otro sentido la revolución era imposible: *justamente* por la fuerza adquirida por el movimiento obrero radical que orienta a los líderes de clase media a buscar una salida negociada que conforme a todos los sectores sociales, excepto a los defensores más acérrimos del *ancien régime*, en un contexto en que se ve rota la configuración de fuerzas de 1791-1794 y de 1816-1820 y que existe un abismo entre los artesanos radicales de Londres más movilizados y los obreros y trabajadores de oficios deshonrosos⁸⁰. Los reformadores de clase media aparecen cumpliendo una función dual: organizan la agitación en favor de la reforma, pero se comprometen con la defensa de la propiedad frente a los “atropellos”: “Estos incendiarios de la clase media llevaban en sus mochilas un bastón de guardia especial”⁸¹.

El hecho de que la revolución finalmente no tuviera lugar se debe al constitucionalismo de la tradición radical (que en este punto se aparta de la tradición jacobina) y a la habilidad de los reformadores de clase media para hacer que la reforma fortaleciese el poder del Estado y los derechos de propiedad frente a la amenaza de la clase obrera⁸².

⁷⁹ *La formación...*, Tomo II, pp. 423-424.- Sobre las características de esta “revolución posible”, más adelante añade: “En otoño de 1831 y en los «días de mayo» Gran Bretaña estuvo al borde de una revolución que, una vez iniciada, bien podría haber prefigurado (si tenemos en cuenta el avance simultáneo en la teoría del cooperativismo y el sindicalismo), en su rápida radicalización, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París”. *Ibidem.*, Tomo II, p. 434.

⁸⁰ *Ibidem.*, Tomo II, pp. 425-426.

⁸¹ *Ibidem.*, Tomo II, pp. 425-426.

⁸² *Ibidem.*, Tomo II, pp. 434-435.

Con la reforma tienden a delimitarse más claramente las demandas de la clase media y la clase obrera, orientándose la primera hacia posiciones más conservadoras que niegan el principio de *égalité*⁸³. Los radicales de la clase obrera mantendrán su prensa independiente y su organización en una actitud desconfiada sustentada en la percepción de haber sido traicionados por “los hombres que, durante los días de mayo, se habían dirigido a sus grandes asambleas y les habían prometido o la reforma o las barricadas”⁸⁴.

Para Thompson, una serie de manifestaciones simbólicas y concretas⁸⁵ dan cuenta de la percepción del carácter económico y político de la reforma por parte del radicalismo obrero y arrojan luz sobre el cartismo como movimiento en el que confluyen las distintas tradiciones constitutivas de la clase obrera emergente y sobre la centralidad del derecho al voto⁸⁶.

En ellas, parece sustentarse la referencia ineludible de Thompson a la centralidad de la experiencia jacobina en el proceso de formación de la clase obrera inglesa. El voto, como elemento que proporciona la igualdad, representaba para los obreros un derecho fundamental sin el cual aparecerían negados los derechos del “inglés libre por nacimiento” que había retomado la experiencia jacobina, y con el cual se afirmaría su presencia política. Además, más allá de eso, la tradición jacobina con continuidad en el radicalismo y en el sindicalismo industrial aportaría al sindicalismo de los años 30 treinta, el valor del internacionalismo...

Conclusión.

El análisis y la recuperación que Thompson hace de la experiencia del jacobinismo en su interpretación sobre la formación de la clase obrera inglesa dan cuenta de una “mirada inglesa” que puede percibir las ambigüedades del acontecimiento, la Revolución Francesa, sin que esto signifique desconocer su impacto en el sentido de un quiebre en la historia, y sin dejar de valorar ese impacto positivamente.

El carácter político de su recuperación del jacobinismo es central, no sólo por la puntualización de aquellos aspectos que hacen notar el aporte concreto de determinados

⁸³ *Ibidem.*, Tomo II, pp. 438-440.

⁸⁴ *Ibidem.*, Tomo II, p. 443.

⁸⁵ “[...] se quemaron las efigies de Marshall y Macaulay [representantes de los propietarios industriales] en el mismo centro de la ciudad en donde los legitimistas habían quemado a Paine en 1792”, *ibidem.*, Tomo II, pp. 443-444.

⁸⁶ *Ibidem.*, Tomo II, p. 445.

elementos presentes en el jacobinismo posteriormente perdidos en la historia de la clase obrera inglesa, sino por la particular forma en que Thompson combina en su obra historiográfica una reflexión sobre el pasado que es una reflexión sobre el presente, sobre una clase obrera ya no vista como necesariamente “subordinada”, sino como constitutiva de una experiencia histórica única cuyas “peculiaridades” es necesario explorar y no atribuir sesgadamente a una supuesta hibridez del orden impuesto en Inglaterra y a la “fragmentaria” experiencia de su clase dominante.

La interpretación thompsoniana logra saltar, ya desde 1963, las acusaciones de “justificación del presente por el pasado” e “historia teleológica” que se han repetido contra el marxismo al punto de tornarse un lugar común que no es ni siquiera necesario demostrar. Su postura demuestra la posibilidad de una combinación no historicista entre una “interpretación social” y un análisis exhaustivo de los acontecimientos políticos, al tiempo que muestra acaso que “es posible una mirada extranjera sobre la Revolución”

Encontramos en esta mirada una reflexión sobre el pasado que es también una reflexión sobre el presente, y que por reconocerse como tal, desenmascara las falacias del revisionismo y sus acusaciones a las interpretaciones contrarias en términos de “juicios de valor”, “esencialismo de las interpretaciones sociales” y “teleología de la historia”.

En este sentido, consideramos que su obra no trata de eludir la determinación del pasado por el presente, sino de plantear el problema de las formas particulares en que esta puede dar como resultado una legítima interpretación historiográfica. Y en esta interpretación el jacobinismo ocupa un lugar central por derecho propio, no como una condenable apelación a la violencia en nombre de una maniquea necesidad histórica que testimonia el ilusorio desfasaje de la dinámica acontecimental con respecto a la historia real, sino como concreto punto de ruptura con respecto a las tradiciones populares inglesas del siglo XVIII que se hallan en el substrato de su emergencia, como punto de inicio en la conformación de la clase obrera “que se hace a sí misma al mismo tiempo que es hecha por otros” y como fenómeno cuya recuperación desde el presente para la clase obrera es indispensable. En este sentido, Thompson parece estar muy lejos de las concepciones homogéneas del tiempo y la determinación del acontecimiento atribuidas por los revisionistas a los marxistas, y claramente enrolado en una perspectiva marxista. Como hemos visto, su relato conjuga la dinámica acontecimiento con el problema de la “determinación”, despegándose de toda concepción homogénea en el sentido de una continuidad lineal entre pasado, presente y futuro. Por otra parte, si bien la práctica de

Thompson, por la misma delimitación de su objeto al ámbito inglés, no puede dar cuenta del problema de la homogeneidad de un tiempo de naturaleza distinta que ha sido el otro blanco de la crítica de Furet, sí permite apreciar la centralidad del fenómeno jacobino como ruptura fundamental que marca el inicio del proceso de formación de la clase obrera inglesa, sustentando su importancia en un exhaustivo registro empírico al cual se aproxima con la necesaria distancia crítica del historiador que no puede hacer suyas las representaciones que el fenómeno construye acerca de sí mismo, pero a la vez con la intención comprensiva de captar los efectos disruptivos que éste conlleva y que atañen tanto al contenido mismo de las experiencias del pasado y sus proyecciones como a las potencialidades críticas de una historia que decide recuperarlas y reconstruirlas desde el presente.

Por todo esto, puede afirmarse que la práctica historiográfica de Thompson parece ser una expresión de esa “lucha por el pasado oprimido” de la que habla Walter Benjamin y estar en concordancia con sus postulados sobre las formas en que se construye la historiografía materialista en oposición a toda forma historicista:

“El historicismo culmina, con razón, en la historia universal. De ella se diferencia la historiografía materialista metodológicamente quizá con más nitidez que de cualquier otra. Aquella carece de armazón teórica. Su proceder es aditivo: suministra la masa de los hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío. Por su parte, en el fundamento de la historiografía materialista hay un principio constructivo. Al pensar no sólo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción. Cuando el pensar se detiene súbitamente en una constelación saturada de tensiones, entonces le propina a esta misma un *shock*, por el cual se cristaliza él como mónada. El materialista histórico aborda un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. La aprehende para hacer saltar a una determinada época del decurso homogéneo de la historia; así [también] hace saltar a una determinada vida de la época, así, a una determinada obra de la obra de [toda] una vida. El resultado de su proceder consiste en que la obra entera está [a la vez] conservada y suprimida *en* la obra, *en* la obra entera la época y *en* la época el entero

curso de la historia. El fruto nutrido de lo históricamente concebido tiene en su *interior* el tiempo como semilla preciosa, pero insípida⁸⁷.

El jacobinismo es para Thompson una “chance revolucionaria”, su interpretación es una interpretación construida desde el presente y es una interpretación política. Aunque no por ello deja de ser una legítima interpretación historiográfica.

⁸⁷ Benjamin, W., *ob.cit.*, Tesis XVII, pp. 63-64.